Mono, *el trabajador del arte,* **González**

El encuentro, la Filuni



Apenas unos meses atrás, a finales de agosto, como si de una ráfaga colorida se tratara, llegó a la Universidad Nacional Autónoma de México un artista del todo singular con la amplia delegación de la Universidad de Chile a la VII Feria Internacional del Libro de las Universitarias y los Universitarios (Filuni).

Llamó nuestra atención por varias razones evidentes para cualquiera que ya se halle hojeando este número de *Universidades*, pero una en particular fue casi como una advertencia. Alejandro *Mono* González se proponía reclutar un número interesante de estudiantes de plástica de la Facultad de Artes y Diseño para obsequiar una portada a la barda pública de Publicaciones y Fomento Editorial.

Desde hace varios años, *Mono* González se ha dedicado a levantar murales a diestra y siniestra alrededor del mundo siempre con ayuda de una comunidad a veces ávida, a veces simplemente curiosa por darse cuenta que necesitaban pintar en busca de cambiar sus rumbos, de agitarse culturalmente para apagar sus violencias.

Sin precedentes, puso a trabajar a hijos y nietos de mafias enconadas en las catacumbas de La Fontanella, en Nápoles, para, en la creación de un museo colaborativo en la iglesia abandonada de aquel cementerio, dar con que el camino cultural resulta ser siempre una trayectoria de paz. Hoy, una ruta que funcionó para la inquina es presumida, por los artistas que levantaron murales, como un emblema de la ciudad y la cultura de las pandillas.

Para la FILUNI de este año, como siempre que viaja *Mono*, se tomaron medidas estéticas de altos vuelos. Una charla preparatoria de varias horas para los interesados en irse a asolear a Avenida del Imán, donde contó, calentando a la asistencia con anécdotas que motorizaban las ansias, algunas de sus técnicas más acabadas, y en la que esbozó elementos básicos de su imaginario militante, allendista y popular, a desarrollar en una parte de los muros de un perímetro sureño de Ciudad Universitaria.



Al tercer día de trabajo, luego de extenuantes jornadas contra un cielo sin nubes y el tránsito vehicular cargado, se inauguraba un nuevo rostro plástico en la UNAM, uno nacido de una prédica, la del artista, Mono, convencido de que sólo la educación, entendida para él como reeducación, conversación con los semejantes y revaloración de signos y situaciones, es la única manera de vivir.

El púlpito, el mercado

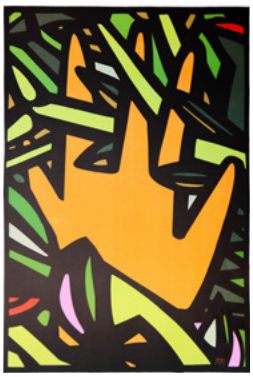
Pudimos hacer coincidir todas las agendas posibles para invitarlo a pasear en medio de sus labores. Decidimos deslumbrarnos con sus ideas en el Museo Casa Estudio Diego Rivera y Frida Kahlo para luego buscar qué comer.

Al amparo de la arquitectura genial de O'Gorman, las colecciones fetichistas de Rivera, los paisajes sanangelinos y los preparativos en el patio del museo para la ofrenda del Día de Muertos que se venía en México. El maestro *Mono* nos compartió varias premisas de su obra, al recordarnos que en Chile al muralismo le faltaron los Siqueiros, Orozco, Rivera, Guerrero, Camarena, pero como nace de la propaganda, sin llegar a ser panfleto, nació de abajo, de un sufrimiento común, de la esperanza de un pueblo.

Y sólo así entiende él la égida que lo ha guiado. Formado en la batalla gráfica que significó el periodo de Allende buscando la representación popular, luego cocinado en la clandestinidad en la que todo muro expresaba dos o tres mensajes encendidos inmersos en la aparente inocuidad, y hasta ahora en que la democracia le ha otorgado el viajar, su obra ha ido, por un lado, afinándose en experiencias









trascendentales por todo el mundo, y por otro simplemente hallando en los pasillos insospechados de un mercado toda la difusión que necesita.

En algún galpón abandonado del Barrio Franklin, todos los fines de semana que está en Santiago de Chile, en medio del Persa Víctor Manuel, *Mono* tiende su taller galería en medio de los diableros, mesas de comida y toda clase de materias primas que son menester en la canasta básica. Por eso fue a inaugurarse ahí su espacio artístico:

"Funciona, por un lado, para vender, así, de forma directa y a bajo costo, pero también es el gran lugar de la historia. Estamos en el espacio público inserto en la historia y por eso somos parte de ella. El mercado es un mural. Se vende verdura a lado de las artesanías, en una relación intrínseca entre la comida, los muebles y los que comen."

"Y ya trastocado en esa experiencia, el público que va al mercado queda sorprendido de encontrarse con el arte. Va a buscar lo que necesita y se encuentra con lo que no esperaba, con serigrafía, xilografía, con los papeles, los impresos, y en seguida con los temas de los que se habla, porque de inmediato la gente pregunta, quiere saber y te quiere contar. Todos los días estamos dialogando con nuestro trabajo y el público", en esa grata práctica que él llama educación en territorio, en la que se basa siempre para recomenzar de nuevo un proyecto en la calle.

El fantasma de la educación vuela sobre la obra de *Mono* González. La educación como garante. La educación como alarde, incluso. "Si tuviéramos oportunidad de ir registrando el trabajo del mural de calle, que viene, como ya dije, del diálogo, de la militancia y la constancia política y la contingencia cotidiana de toda una vida, me doy cuenta que podía quedarse aquello como una bitácora muy exacta de muchos años de lucha de la gente que quedaron plasmados igual en muros que en carteles".

"Arte es educar"

El peso del neoliberalismo, de la derecha –pensaba en voz alta inmerso en sus exposiciones temáticas frente a la Secretaría Académica de la UDUALC–, cambió los valores de casi todo: "Lo que pintas hoy no durará mañana en esa lógica comercial, pero si te involucras, si enseñas a la gente tu quehacer, sólo en lo comunitario podrá perdurar", nos contó a propósito de saber si los espacios públicos le acomodaban.



"La calle nutre, no es que sea cómoda", nos comparte luego de tiznarse con el sol de un verano inclemente en la Ciudad de México, un verano en el que pudimos coincidir con el trazo del que quizás hoy tenga que pasar por una de las grandes brochas del continente americano.

Pocos días después de nuestro encuentro, de tantas palabras que sólo subrayaban las obras que, generoso, obsequiaba a la UDUALC en esa misión tan suya de educarnos siempre aquella tarde le fue otorgado el 8 de septiembre el Premio Nacional de Artes Plásticas 2025, entregado por el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de Chile, pero a tientas por este texto lo volvieron a reconocer en la Universidad de Valparaíso, indicio de que su tarea didáctica ha surtido efecto, sí, pero también de que está más vivo que nunca entre los chilenos.

Agradecidos, aquí queda un eco de sus ideas, como mínimo homenaje a una obra que nos recuerda siempre la importancia de pasarse la vida enseñando: "Todas las promociones posibles, los espacios que te ofrezcan o que estén a la mano para el quehacer artístico, es poco. Lo más importante, lo que más me preocupa todo el tiempo, es que siempre estemos alertas, más los jóvenes: vivos, presentes, participativos, involucrados, comprometidos. Porque el arte, en el fondo, es sólo eso."